



La ilusión y la tormenta: empieza el duro tránsito... ¿hacia dónde?

El Financiero - 9 de marzo de 2017

Preguntarnos de nuevo por la posibilidad de que desde adentro del sistema político estadounidense emerjan las fuerzas e intereses capaces de domar la furia y volver a la normalidad en el ejercicio de su hegemonía al poderoso Estado americano, no es una pregunta baladí ni mero fruto de la desesperación o la angustia, sino de la observación cuidadosa del rumbo que lleva la negación del mundo de la posguerra en que Trump y los suyos se han empeñado y basado su retórica milenarista.

Esos intereses y fuerzas existen y del mismo modo como fueron capaces de domeñar el reformismo social obamiano, bloquearle el alcance a una efectiva política fiscal anticíclica y construir un sistema de salud pública a la altura del poder y la riqueza de esa nación, ahora puede esperarse que disuelvan la estafalaria imaginación fiscal del nuevo presidente, pongan a buen recaudo su histeria anti libre comercio y exijan un mínimo respeto a los derechos humanos de los migrantes. Es probable que, como dice Enrique Quintana, ya no venga “el fin del mundo” ni el gran cambio de ciclo a través de una estruendosa crisis sistémica como la que parecen esperar personeros como el señor Bannon.

¿Y nosotros? Mal nos va a ir si en aras de reforzar la confianza interna se impone la especie de que el retorno a la normalidad en la relación bilateral está a la vuelta de la esquina. Mucho menos está por llegar esa “nueva” normalidad que muchos ansían sin poder siquiera a describirla. Caer y creer en esas ilusiones puede costarnos muy



caro porque más de una frustración está en el camino que podemos vislumbrar nos espera a lo largo de esto que puede ser en efecto una nueva era. La época de un mercantilismo trasvestido de nacionalismo a ultranza que más que hacer regresar a las transnacionales a territorio gringo puede derivar en formas inéditas de autoritarismo y tiranía, para las que el Estado está más que dotado. Casi veinte años de “homeland security” así lo atestiguan.

Mal haríamos también, si víctimas de la precipitación inventáramos amistades y apoyos donde sólo hay cálculo y disciplina y confundiéramos la carreta con los bueyes. Trump nos ha hecho el servicio de develar la debilidad institucional y política de nuestro Estado, pero también la necesidad de reconstituirlo, a partir de una revisión consistente y crítica de lo que hemos hecho; lo que hemos dejado para “después” y lo que hemos errado en cubierta y en el puente de mando así como en el cuarto de máquinas de un Estado que desde hace treinta años se empeña en surcar el océano globalizado pero no en navegar conforme a cartas e instrumentos eficaces.

Así hemos pasado del nacionalismo revolucionario y el proteccionismo a la apertura externa extrema, con la consigna “ciega” de no “soltar” ni la globalización incierta de la posguerra fría ni la unidimensionalidad de nuestro comercio exterior; trágicamente atado al ciclo industrial estadounidense y a una ilusoria alianza para la prosperidad y la seguridad que, de existir, lo único que ha traído es todo lo contrario.

Las antinomias sirven para simplificar y aclarar un panorama oscuro y borroso, pero asumirlas como instrumento para pensar una estrategia nacional puede llevarnos a nuevos y corrosivos desencuentros, con el mundo que nos rodea y con nosotros mismos, todavía articulados bajo el signo de una comunidad imaginada que insiste en llamarse México y ser nación y Estado. Como insistía Arnaldo Córdova: no un “Estado- nación” como dice el anglicismo, sino un Estado nacional guiado por un proyecto y unos compromisos trascendentes con su ciudadanía.

Vaya qué hemos avanzado en esa dirección...pero sólo en la letra escrita de la Constitución y algunas leyes; poco o nada en la creación de nuevos organismos y agencias para concretar tales compromisos como los contemplados en el artículo primero de la Constitución reformada en 2011 pero casi nada en la recreación y rehabilitación de los cimientos del edificio estatal que tienen que ver con la legitimidad de la política y los políticos pero, también con las capacidades institucionales y fiscales



indispensables para hablar de la autonomía del propio Estado, sin la cual siempre se acaba caminando en círculos.

Tiempo confuso y nublado de una “negociación” que más parece el trueque de amenazas y reclamos que el intercambio de visiones y proyectos entre dos naciones adultas; temporada para los vendedores de ilusiones y maravillas y también clima fértil para la reproducción del pesimismo derrotista de los que claman por una absorción más que por una integración racional de economías y sociedades complejas como son las nuestras. Transición dura y peligrosa a un destino impreciso, brumoso, que reclama deliberaciones maduras que empiecen por reconocer las coordenadas de una realidad nada propicia para triunfalismo alguno.

Qué bueno que los responsables de la conducción política y económica del Estado encuentren puntos de contacto y coincidencia con los enviados de Gengis Kan o el rey de España. Qué malo que se la crean. La tarea apenas comienza e implica mucha discusión y más participación de las bases que nunca.

El peligro real e inminente sigue ante nosotros.